comprimía su frente. Del mismo modo he visto á dos vigorosos toros precipitarse uno contra otro cuando la más hermosa novilla del prado había de ser premio del combate, y presenciar la majada la terrible lucha, aguardando aterrada el desenlace, no sabiendo á quién había de dar la victoria un glorioso imperio. Por tres veces quiso Hércules en vano separar mi pecho del suyo, pero con otro esfuerzo más logró desasirse de mis brazos y librarse del férreo círculo que le sujetaba; en seguida, empujándome con su robusta diestra (preciso es decirlo todo), obligóme á dar sobre mí una vuelta, y con grave pesadumbre cayó sobre mis espaldas. Como jamás he buscado la gloria por el camino de la impostura podeis creerme cuando os digo que en aquel momento me sentí anonadado como si encima de mí pesara una montaña. A duras penas pude desprender mis brazos inundados de sudor y evitar por un instante la fuerza de los suyos funestos; pero cogiéndome de nuevo cortábame el aliento, y me sentía morir. Por fin aferró mi garganta, y doblándose mis rodillas, mordí el polvo.

»Al ver lo desigual del combate, apelé á la astucia: para librarme de mi rival tomé la forma de larga serpiente, desenvolví numerosos anillos y esgrimí un doble dardo con horribles silbidos; mas el héroe de Tirintho se sonrió, y como burlándose de mis artificios, dijo:—Vencer serpientes fué juego de mi infancia, y aunque es cierto, Acheloo, que aventajas á las otras sierpes, comparado con la hidra de Lerna, nada eres. De sus fecundas heridas renacía, y no cortaba una de sus cien cabezas sin mirarla reemplazada por otras dos aun más espantosas. Erizada de víboras que se multiplicaban al

Fig. 584. — Hércules y Acheloo. (Camafeo antiguo).

impulso del hierro, su mismo vencimiento servía para darle nuevas fuerzas. Y sin embargo la subyugué y pereció á mis golpes. ¿Qué esperas, pues, tomando esa falaz apariencia? ¿De qué te han de servir esas armas á tí ajenas, ni esa forma en que pretendes ocultarte?—Esto diciendo, aprieta más y más mi cuello con su robusta mano, que hace en él el efecto de un torno de hierro. Entónces, vencido en aquella forma, podía, por una tercera metamorfósis, tomar la de indómito toro, y con ella sostuve un nuevo combate. Colocado Hércules á mi izquierda, enlazó con sus brazos mi robusto cuello; dí un salto hacia atrás, sin que pudiese él contenerme, pero tampoco conseguí con ello librarme de su nueva acometida. Por fin, cogióme por los cuernos, y hundiéndolos en tierra me derribó en la arena. No satisfecho aun, miéntras me sujetaba con su invencible brazo rompióme un cuerno y lo separó de mi frente. Las Náyades lo consagraron despues de llenarlo de sazonados frutos y odoríferas flores, y fué el cuerno de la abundancia.

»Dijo, y adelantóse una de las Ninfas que le servían prendida la túnica á la manera de Diana y suelto el cabello; del cuerno que tenía en las manos derramó los tesoros del otoño, deliciosos frutos que coronaron el banquete servido á los héroes... Acheloo á poco ocultó en el seno de las aguas sus agrestes facciones y su frente mutilada; la pérdida de su belleza le llenaba de afliccion, por más que estuviese intacto lo restante de su cuerpo y que le fuese fácil disimular su afrenta con los sauces y cañas que le servian de corona.» (Ovidio).

Fig. 585. — Neso y Dejanira. (Cuadro de Rubens).

Esta era la tradicion comun; otra había, empero, que decía haberse verificado el combate entre Hércules y la deidad del Acheloo cuando el primero, dueño ya de Dejanira, quiso con ella atravesar á nado el rio [1].

Victorioso Heracles fué esposo de la hermosa Dejanira, pero no tardaron en turbar la paz de su union desgraciados sucesos. Residian aún en la corte de Œneo cuando el héroe mató sin voluntad, de un bofeton dicen algunos autores, á Eunomio ó Cyates, pariente de su suegro, que le faltó al respeto al presentarle la copa,

[1] Véase tomo I, pág. 487.

y esta muerte le obligó, segun la ley, á salir del país. Dejó, pues, en compañía de Dejanira, el territorio de Etolia para dirigirse á Trachinia, donde reinaba Ceix, y llegaron los esposos á las márgenes del rio Evenos, donde el centauro Neso pasaba á lomo á los viajeros de una orilla á otra. Dejanira fué confiada al Centauro, miéntras Heracles se disponía á atravesar nadando la corriente; así lo hizo, pero apénas tomó tierra oyó un grito desgarrador; habíalo dado su esposa que clamaba ayuda, pues el Centauro, que ya en medio del rio quiso desmandado forzarla, la robaba y corría, teniéndola sujeta, hacia el monte. Vióle el héroe á lo léjos, y armando veloz el arco, disparóle una emponzoñada flecha que le causó mortal herida. Neso, próximo á espirar y ardiendo en venganza, dió á Dejanira su túnica ensangrentada, diciéndole ser talisman para recobrar el amor de su esposo si algun dia le fuese infiel. Contaban otras tradiciones que la excitó á recoger la sangre que manaba de su herida para componer mágico filtro á lo mismo destinado; y la jóven esposa, crédula en exceso, aceptó el presente ó cumplió el encargo del moribundo Centauro, no debiendo tardar mucho en presentarse ocasion de experimentar su terrible eficacia.

«El hijo de Júpiter volvía con su nueva esposa á los campos de la patria y llegaron á orillas del impetuoso Eveno; engrosado por las lluvias invernales, ofrecía la corriente rápidos remolinos y nadie se atrevía á vadearlo. Tranquilo el héroe en cuanto á él, temió por su esposa, y en esto el fornido Neso, á quien eran conocidos todos los vados, acercósele y le dijo:—¿Quieres ¡oh Hércules! que traslade tu compañera á la otra orilla? Bien harás en guardar tus fuerzas para atravesar á nado la corriente.—Confióle Hércules la princesa de Calydon, que pálida temblaba de susto, temerosa á la vez del rio y

Fig. 586. — Rapto de Dejanira. (Espejo etrusco.)

del Centauro; y llevando él su carcaj y el despojo del leon de Nemea (pues había arrojado á la márgen opuesta la maza y el flexible arco), se tiró al agua, sin cuidarse del punto en que era quizas el rio ménos violento, ni de la resistencia que podian oponerle las encrespadas olas. Llegado á la otra orilla y en el acto de recoger el arco que ántes arrojara, llegó á su oido la voz de su esposa: Neso quería robar el tesoro á su custodia confiado.—¡A qué extremo te lleva ciega confianza en tu ligereza, oh bárbaro raptor! Á tí me dirijo, Neso biforme; óyeme, detente, y no me robes la que tanto amo. Aunque no te inspiraran respeto mis derechos, la rueda en que tu padre está clavado, habría de apartarte de culpables amores. Pero no lograrás tu intento y en vano confías en tu velocidad de caballo; no serán mis piés sino mis flechas las que correrán tras de tí y te darán alcance.—El hecho siguió de muy cerca al dicho: una saeta disparada por

Fig. 587. — Rapto de Dejanira. (Cuadro de Guido. Museo del Louvre).

su mano, hirió al fugitivo Centauro en la espalda y atravesóle el pecho; y así que fué arrancada brotó de su doble herida la sangre mezclada con la ponzoña de la hidra. Recogióla Neso, y al tiempo que dijo:—Por lo ménos, no moriré sin venganza,—entregó á la princesa su túnica teñida con su sangre aún humeante, como presente destinado á comunicar nuevo ardor á los fuegos de su consorte el dia en que se amortiguaran.» (Ovidio).

Desde Trachinia emprendió el héroe una expedicion contra los Dríopes, pueblo de forajidos, terror de los viandantes, que tenía sus moradas en los valles de Tessalia, y había llevado la audacia hasta intentar el robo del templo de Delfos. Los combates que contra ellos hubo de sostener fueron tan rudos y empeñados que, á lo que se decía, hasta Dejanira hubo de tomar parte en ellos. Por fin, muerto su rey Laogoras á manos de Heracles, aquellas gentes quedaron subyugadas; arrojadas de Tessalia, fueron por él trasladadas á las comar-

cas del Œta, donde Ceix podía ejercer sobre ellas severa vigilancia.

Otra afortunada guerra sostuvo Heracles con los Epirotas, de los que era soberano Fileo ó Filas; vencedor como siempre, esta vez con el auxilio de los Calydonios, redujo á cautiverio á la bella Astioche, hija del monarca.

Despues de otras expediciones gloriosas contra los Thesprotos y contra los Lápites, esta última en auxilio de Egimio, rey de los Dorios, deja Heracles otra vez el territorio de Trachinia para marchar contra Euritos, cuyos insultos no había aún vengado. Á la cabeza de una hueste compuesta de Malianos, Árcades y Locrios, puso sitio á Ocalia, la tomó y destruyó hasta en sus cimientos, mató á Euritos y á sus hijos y llevó consigo

Fig. 588. — Hércules en compañía de Iole. (Camafeo antiguo).

á Iole, de la cual se separara con dolor y cuyo recuerdo no lograba arrancar de su pecho. Antes de volver á Trachis, donde Dejanira esperaba con ansia su regreso, tomó tierra en el cabo Ceneo, en Eubea, y deseoso de rendir allí solemnes acciones de gracias á su padre Zeus, envió á aquella ciudad su heraldo ó compañero Licas para participar el triunfo á su esposa y tambien para que le trajese una túnica blanca, un vestido de fiesta, con que se proponía adornarse para el sacrificio. Por el mensajero supo Dejanira la llegada de Iole y la amorosa pasion que sentía Heracles por la hija de Euritos, y abrasando su pecho la llama de los celos, recordó las últimas palabras de Neso. Mojando la túnica en el mágico licor compuesto con la sangre del Centauro, envióla por el mismo Licas á su esposo, segun algunas tradiciones; suponían otras que lo enviado fué la misma túnica de Neso, como regalo que le mostrase el gozo é inalterable amor de que estaba poseida; pero sea como fuere, sucedió que apénas el héroe hubo vestido la túnica fatal corrió por sus entrañas y por sus miembros todos fuego devorador. Presa de intolerable tortura, siente que su sangre emponzoñada arde y se descompone; en su intenso dolor y ciega ira coge á Licas por los piés y lo precipita al mar. En vano quiere arrancar de su cuerpo la causa del mal y desgarrar la túnica que le abrasa; con sus pedazos arranca tambien su carne dolorida, á la que aquella se había fuertemente adherido, y los inmediatos montes resuenan con sus gritos y sus ayes lastimeros. Cual fiera que lleva en sus flancos el hierro que la mata, corría desalado por entre sus aterrados compañeros. Una barca le traslada de Eubea al continente, y conoce allí la causa de lo sucedido; sabe el amoroso móvil que á Dejanira impulsara y como la enamorada esposa se había dado muerte al tener noticia del horrible estado del esposo; recuerda que por antiguo oráculo fuera condenado á morir á los golpes de un enemigo que estaría ya en el reino de Hades, y se resigna

Fig. 589. — Muerte de Hércules. (Cuadro de Guido. Museo del Louvre.)

con su desgraciada suerte. Conociendo que su última hora se acerca, suspirando por el instante en que se verá libre de tanto tormento, trepa por los senderos del Œta, rompe con vigorosa mano los robles y los pinos de la montaña, con ellos forma en la cumbre inmensa pira en la que coloca la clava y la piel de leon, y tendiéndose con majestad encima de ésta y teniendo aquella por almohada, mandó á sus compañeros que la aplicasen fuego. Este supremo favor que le negaban todos, prestóselo Pœan, soberano de Tessalia y padre de su amigo Filoctetes. Recomienda á éste el cuidado de sus cenizas legándole el famoso arco y las flechas que tan funestas habían de ser á Troya, con promesa de que jamas revelaría el lugar de su sepulcro, ni el que guardase aquellas armas, y mandó á su hijo Hylos tomar á Iole por esposa. En esto nubes de humo se elevan hasta el cielo, la llama chirría y serpentea para formar en breve rojos torbellinos; en ellos

consúmese el cuerpo, pero Hércules no muere en la vasta hoguera por su órden encendida. Entre rayos y truenos desciende de lo alto una nube que arrebata y lleva al Olimpo, purificado de cuanto en él era mortal, al glorioso hijo de Zeus.

«Mucho tiempo había transcurrido desde la muerte de Neso, y los altos hechos de Hércules, así como el odio que le profesaba Juno, habían resonado en el universo, cuando regresando el héroe vencedor despues de la toma de Ocalia, quiso en el cabo Ceneo cumplir el sacrificio que á Júpiter tenía ofrecido. Entónces fué ¡oh Dejanira! cuando la indiscreta fama, que se complace en confundir la verdad y la mentira y en abultar con sus ficciones los rumores ménos consistentes, te hizo saber la pasion que encadenaba junto á Iole al hijo de Anfitrion. Amante crédula, diste fé á la noticia y te abandonaste ¡infeliz! á la afliccion y al llanto. Mas en breve, sintiendo más hondamente el tormento de los celos, llenóse de ira tu corazon y dijiste:—¿Por qué llorar si estas lágrimas han de ser la alegría de mi rival? Va á venir; pero ántes, pues aún es tiempo y todavía no ha usurpado otra mi lugar, he de apresurarme á recurrir al remedio. ¿Qué he de hacer, quejarme ó callar? ¿Volver á Calydon ó permanecer aquí? ¿Dejar este palacio ó, si otra cosa no es posible, oponerme á sus amores? Pero ¿qué digo? no olvidaré ¡oh Meleagro! que soy tu hermana, y para mantener mi derecho no habrá de asustarme la idea de un gran crímen. Dando muerte á mi rival mostraré á cuánto alcanza la venganza de una mujer ofendida.— Infinitos proyectos se agitan en su mente hasta que por fin se decide á enviar á Hércules, para reanimar su amor espirante, la túnica teñida con la sangre de Neso, y sin sospechar los pesares que á sí misma se prepara, entrega la prenda fatal á Licas, ignorante del depósito que se le confía. ¡Desgraciada! con las más tiernas instancias le conjura que no tarde en ofrecer el presente á su esposo. Hércules lo acepta sin saber lo que encerraba, y cubre sus hombros con el veneno de la hidra.

»En aquel momento ponía en el fuego el incienso y elevaba sus preces á Júpiter; con una copa en la mano regaba con vino puro el mármol del altar, y en seguida, hecha más activa la ponzoña por el calor de la llama, circuló rápida por sus venas. Por largo tiempo su ánimo esforzado refrenó la queja, hasta que por último, sucumbiendo al dolor, derribó el altar, y llenó con sus dolorosos lamentos las selvas del Œta. Quiere arrancar de sí la funesta túnica, pero al desgarrarla á sí mismo se desgarra. Sus inútiles esfuerzos (¿cómo referirlos sin horror?) no logran separar el vestido de su propio cuerpo, y donde lo arranca pone en descubierto músculos y huesos. Su sangre hierve como el agua en que se sumerge un hierro candente: devorador veneno le consume, y tomando el mal aún mayor incremento, llega el fuego á sus entrañas, corre por todos sus miembros negro sudor, sus nervios tiemblan, y la oculta ponzoña funde la médula de sus huesos. Entónces con los brazos levantados al cielo, exclama:

«—Gózate en mis males, Juno cruel, y contempla desde el alto cielo mi suplicio. Sacia con él tu bárbaro corazon, y si es posible que inspire compasion á una enemiga (bien sé cuánto me odias) líbrame de una vida amargada con esta horrible tortura, de una vida que es para mí odiosa, y que desde su aurora fué condenada á insufribles trabajos. La muerte será para mí un beneficio, y tal beneficio será digno de una madrastra. Inmolé á Busiris que profanaba los templos con la sangre de sus huéspedes; privé al terrible Anteo de las fuerzas que le daba su madre; ni los tres cuerpos del pastor de Iberia, ni las triples fauces de Cerbero me asustaron; mis brazos quebrantaron los cuernos de temido toro, y las hazañas con ellos realizadas viéronlas la Élida, las ondas del Stímfalo y la selva de Parthenios. Por mi valor fué conquistado en las márgenes del Thermodonte dorado tahalí, lo mismo que los frutos custodiados por vigilante dragon. Ni los Centauros, ni el jabalí que devastaba la Arcadia pudieron resistirme, y á la hidra no le valieron las cabezas que brotaban á mis golpes, ni sus fuerzas siempre renacientes. ¿Habré de recordar los caballos de Tracia regalados con carne humana? Mis ojos vieron sus pesebres llenos de miembros mutilados; sin temor los vacié, y dí muerte á los corceles y á sus dueños. Mis brazos ahogaron al formidable leon de Nemea; mi cabeza sostuvo la bóveda del cielo, y al paso que la implacable esposa de Júpiter se fatigó dictándome órdenes no me cansé yo de cumplirlas. Mas hoy me ataca un nuevo enemigo al que no puedo vencer ni con mi valor, ni con mis flechas, ni con mis armas. Devorador incendio abrasa mi cuerpo y consume mis entrañas. Euristeo triunfa como si no existieran en el Olimpo justos dioses.

»Dijo, é impulsado por el dolor vagaba por la cumbre del Œta, cual tigre que lleva en el flanco un venablo y busca afanoso al cazador que le ha herido. De su pecho se exhalan frecuentes gemidos; á menudo agita sus miembros convulsivo temblor. Ora quiere hacer pedazos la tela fatal, ora derriba ó erradica árboles, ó bien se enfurece contra el monte que le sustenta y tiende los brazos hacia el cielo, donde su padre reina. En esto divisa á Licas que, temeroso, se ocultaba en la concavidad de una peña, y le grita:—De tí ¡oh Licas! recibí el funesto presente; tú eres la causa de mi muerte.— Temblando, descolorido y asustado, procura Licas justificarse con voz balbuciente; pero al tiempo que se disculpa y se dispone á abrazar sus rodillas, cógele Alcides, hácele girar tres ó cuatro veces por el espacio, y con brazo más vigoroso que la ballesta, arrójale á las aguas eubeas. Al atravesar los aires el cuerpo de Lycas se endureció; del mismo modo que la lluvia, condensada por el hálito glacial de los vientos, se convierte en nieve, y que la nieve, en su rotacion, forma glóbulos que al caer son granizo, así al ser lanzado Licas al espacio por

el nervudo brazo de Hércules, hielase por el susto su sangre, sécanse todos los principios húmedos de su cuerpo, y conviértese, segun antigua tradicion, en insensible roca. Aún hoy existe en forma de pequeño escollo que se levanta en el mar de Eubea conservando algun vestigio de la figura humana. Los navegantes se apartan para no chocar con él como si estuviese dotado de sentidos, y no le dan más nombre que el de Licas.

»Pero tú, ilustre hijo de Júpiter, derribas los árboles del soberbio Œta; con ellos formas una pira y ruegas al hijo de Pœan que reciba tu arco, tu vasto carcaj y tus flechas, destinadas á ver por segunda vez á Ilion. Las manos del fiel servidor encienden la hoguera, y al tiempo que brota la llama colocas en la amontonada leña el despojo del leon de Nemea y la clava, en la cual reposas tu cabeza con la misma serenidad con que asisten los comensales á un banquete, coronada de flores la frente, rodeados de ánforas y copas.

»Ya la llama victoriosa chirriaba; por todos lados invadía la funesta pira y lamía alguna vez al impasible héroe, quien parecía desdeñar su acometida. Temblaban los dioses por el vengador del mundo, y viendo el hijo de Saturno su afliccion, hablóles en estos términos con semblante satisfecho: —Vuestros temores ¡oh dioses inmortales! me colman de contento, y felicítome vivamente por poder ser llamado padre y rey de un pueblo agradecido. En vuestro amor halla mi hijo valimiento nuevo, y por más que merezca semejante interes por sus increibles

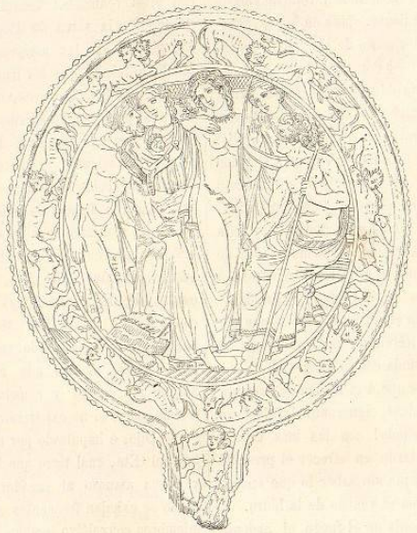

Fig. 590. — Union de Hércules con Hebe. (Espejo etrusco).

trabajos, no por ello os lo agradezco ménos. Pero deseche vuestro cariño vanos temores y no se inquiete por la hoguera del Œta: quien todo lo venció la vencerá asimismo. Podrá aquel fuego aniquilar lo que recibió de su madre; lo que de mí tiene es eterno, imperecedero, tan inaccesible á la muerte como á las llamas. Así que habrán concluido sus trabajos en la tierra, le llamaré á la celeste morada, lo cual espero os ha de causar á todos satisfaccion. Si se diese el caso de que alguna deidad viese con pena colocado á Hércules entre los dioses, libre será de no aplaudir en los primeros momentos el brillante destino que le tengo preparado; pero tiempo vendrá en que habrá de conocer cuán digno era el héroe de obtenerlo, y á pesar suyo aprobará mi conducta.—Los inmortales expresaron su asentimiento, y hasta la esposa del Padre de los dioses parecía saber aquel propósito sin visible enojo, áun cuando frunció el ceño al tomar para sí aquellas últimas palabras.

»El fuego había ya destruido cuanto le era dable, y las facciones de Heracles quedaban desfiguradas por completo. Cuanto el héroe recibiera de su madre había desaparecido, y sólo conservaba lo que de Júpiter tenía. Como la serpiente rejuvenecida con nuevo pellejo se complace en ostentar la brillantez de sus escamas, así el héroe de Tirintho, desprendido de su mortal despojo, vive en la mejor parte de sí mismo, y engrandecido, parece revestirse de una majestad divina. El padre omnipotente le envuelve entre nubes y lo lleva en

veloz cuadriyugo á la region de los radiantes astros.» (Ovidio).

La gloriosa apoteósis de Heracles era en Grecia uno de los asuntos predilectos de la poesía y del arte. Píndaro, Sófocles, Eurípides y otros describieron en poéticos conceptos la entrada triunfal del héroe en el Olimpo donde es recibido por Atena y Apolo. Zeus le hace sentar junto á sí; reconciliado con Hera, dale ésta en matrimonio su hija Hebe, y en compañía de los inmortales, despojado de su parte humana, goza en adelante de celestes alegrías y del eterno reposo, como premio de su brillante y trabajosa existencia. «Muy cierto es, dijo el conde de Maistre al citar algunas de las verdades que en el paganismo se encerraban, que Hércules no podía

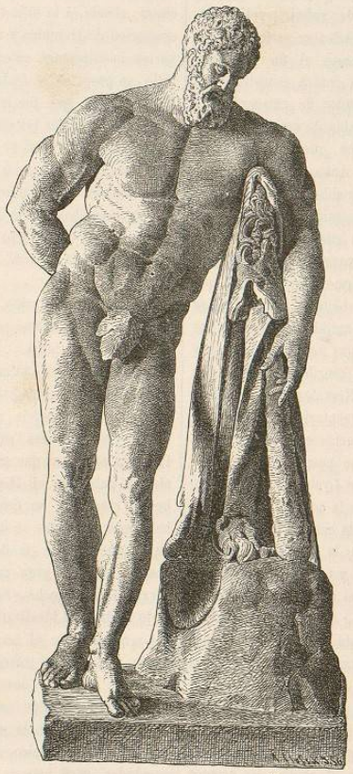

Fig. 591.— Hércules Farnesio. (Estatua antigua. Museo de Nápoles).

ascender al Olimpo y tomar allí por esposa á Hebe hasta haber sido consumido por el fuego en la cumbre del Œta cuanto de humano tenía.»

De la union de Heracles y Hebe decíase haber nacido un hijo, por nombre Aniceto, y una hija llamada Alexiara.

La fábula de la hoguera de Hércules considérase de procedencia oriental y perteneciente al Hércules lidio, al dios Saudan. En Tharsis celebrábase en honor de esta deidad la fiesta de la pira, cuya memoria se ha perpetuado en las medallas de dicha ciudad. Las de Filadelfia, á ella inmediata, presentan una hoguera piramidal rematada por un águila, con la imágen de Heracles-Saudan.

El trágico fin de Hércules es para los mitógrafos modernos grande y magnífica imágen del sol poniente circundado de nubes. «Los sombríos vapores que ocultan al astro del dia, llegado al término de su carrera, son

como funesta túnica arrojada sobre su cuerpo glorioso, túnica que quiere desgarrar atravesando por intervalos con su esplendor de fuego la enemiga oscuridad que le envuelve. ¡Inútiles esfuerzos! inflámanse las nubes; torrentes de llamas y humo se desprenden de la hoguera que en el horizonte arde, y en breve el cielo de occidente no es más que un vasto incendio en medio del cual perece el héroe, consumido por los fuegos que él mismo ha encendido.» (MAX MULLER).

La leyenda que acabamos de referir explica los diferentes caractéres que á Heracles se atribuían. Su vida mortal desde el principio hasta el fin fué toda ella un combate, combate reñido contra monstruos de brutal violencia ó contra séres dotados de extraordinario vigor. La fuerza física, pues, había de ser en Heracles el elemento dominante: el héroe que había luchado cuerpo á cuerpo con Acheloo, con Anteo y Erix y que los derribó y venció, había de ser tenido por el prototipo del atleta llegado á la completa posesion de sí mismo y al más alto desenvolvimiento de su energía muscular. Su imágen estaba colocada en los gimnasios, donde los *efebos* asociaban su culto al del dios Hermes; pero al paso que el cuerpo del último, de formas esbeltas y ligeras, tenía más que todo las cualidades de agilidad reclamadas por la carrera, el de Heracles, con sus fornidos miembros y enorme musculatura, tal como lo concibió Lysippo y nos lo muestra la famosa estatua del Hércules Farnesio, ofrecíase principalmente como representacion de la fuerza. Los artistas habían querido ademas expresar en cierto modo la idea del cruel destino que pesara sobre la existencia del héroe, y el Hércules de Lysippo, con el brazo izquierdo apoyado en la clava, en la actitud del descanso que sucede á la victoria, tiene la cabeza inclinada y la mirada fija, como embebido en la idea de las nuevas luchas que le esperan; tristeza y resignacion eran los sentimientos que se atribuían al esclavo de Euristeo. De este Hércules atlético decíase, como sabemos, haber fundado los juegos olímpicos, estableciendo hasta sus más pequeños pormenores, y era natural igualmente que el héroe vencedor en tan numerosas expediciones fuese por su arrojado corazon el divino modelo invocado en las batallas por los guerreros noveles. Concebíasele á veces como un héroe triunfal, dado por completo al placer de sus victorias, las que celebra con el canto y los acentos de su lira, y en tal concepto era, al igual de Apolo, una deidad salvadora á la que acudían los hombres en inminentes peligros. Como Apolo tambien, y en virtud de la misma idea, se le consideraba como una divinidad médica, auxilio en pestes y enfermedades, y le estaban congradas las aguas minerales.

El intervalo de uno á otro trabajo fórmanlo en la leyenda de Heracles periodos de descanso en que el héroe acepta la hospitalidad de reyes ó personajes míticos, como sucedió con el centauro Folos. En ellos, lo mismo que en sus combates, descúbrese la fuerza prodigiosa de su naturaleza, y el inmenso, insaciable apetito de que se presenta dotado, expresion, segun Preller, de la fuerza devoradora del sol, es otro de los caractéres comunes á los gigantes de todas las MITOLOGÍAS. Hémosle visto comer él solo la carne de un buey, y bebedor intrépido y con frecuencia embriagado, fué uno de los personajes predilectos de la escena cómica, al que rodeaban los poetas de bullicioso cortejo de Sátiros y Silenos. Otras veces, en más alto estado, se presenta tocando la cítara, siendo, á la manera de Apolo, un dios Musageta, asociacion de Hércules y las Musas que, atestiguada por varias inscripciones griegas y por las medallas de Léucade, se perpetuó entre los Romanos, pues Fulvio Nubilior, concluida que fué la guerra de Etolia, colocó en un templo de Hércules las estatuas de las Musas arrebatadas de Ambracia. Si bien se considera, tal asociacion no ha de causar gran sorpresa, en cuanto Hércules, deidad protectora de los Gimnasios, era objeto especial del culto de los mancebos, y la educacion helénica no separaba los ejercicios del cuerpo de los del espíritu, ó sea la gimnástica de la *música*, en la acepcion griega de esta palabra.

«Hércules era sabio, dice Máximo de Tiro, no para sí mismo sino para que su sabiduría irradiase por toda la extension de la tierra. ¿Por ventura no fué el exterminador de monstruos, el azote de los tiranos, el libertador de los esclavos, el legislador de los hombres libres, el regulador de la justicia, el inventor de las leyes, el hombre de las verídicas palabras, de las acciones rectas?» Palabras son estas que suponen lenta y gradual transformacion para que el Hércules legendario, cuya historia hemos resumido, se convirtiese en la última época del helenismo, conforme se desprende de la cita que precede, en bienhechor de la humanidad, en enderezador de tuertos, en un gran magistrado que ponía la fuerza al servicio del derecho. Sin embargo, es evidente que no pudo la filosofía idealizar así el tipo de Hércules sin alterar sensiblemente el carácter de su leyenda; para que el héroe pudiese ser ofrecido á los hombres como modelo superior, convenía descartar lo más posible el elemento fatalista del mito de sus trabajos; las tribulaciones que llenaron su existencia no debían haberle sido impuestas por un poder tiránico, sino haber sido por él libremente aceptadas, y á esto se encaminó el apólogo de Prodicos de Ceos, ó sea la escena de Hércules con Atena y Vénus, ó la Virtud ó el Deleite, que á su tiempo referimos. El jóven héroe desoyó las seducciones de éste para prestar oido á la austera Virtud, y por haberla seguido hízose merecedor del Olimpo. La eleccion de Páris, el héroe asiático, fué, en circunstancias análogas, enteramente opuesta.

Así, pues, junto al Heracles de la tradicion popular, hallábase en Grecia otro Heracles de creacion filosófica, cuyo tipo fué de continuo depurándose hasta el dia en que llegó á ser para los Estóicos el ideal del hombre

sabio. En efecto, ¿cómo aquel heróico combatiente que arrostraba con el esfuerzo en el corazon y con la impasibilidad en el alma las más duras adversidades, podía no ser para el Pórtico el héroe predilecto? Pero esta elevada concepcion, que no pasó, al parecer, del recinto de la escuela, mucho ménos había de hacer olvidar al pueblo griego las tradicionales fábulas de la vida del héroe cantadas por los poetas, ni los legendarios acontecimientos que, conforme hemos de ver, sucedieron despues de su apoteósis.

Acompañaron y ayudaron á Heracles en sus incesantes combates varios amigos que formaban como su escolta. Entre esos fieles compañeros hallábanse el Tessalio Admeto cuya esposa Alcestes había sido salvada de los Infiernos por la abnegacion del héroe, y el hijo de Ificles, por nombre IOLAOS, el cual hasta tal punto se miraba como unido á Heracles que en Beocia la religion de éste era inseparable de la de Iolaos. Sobrino del héroe, fué Iolaos su auriga, y le acompañó y secundó en varias expediciones. En la lucha contra la hidra de Lerna aplicó el fuego á las heridas del monstruo para que no renaciesen las cabezas cortadas por Hércules, y con él vino á Iberia á la conquista de los bueyes de Gerion. Tomó parte en la cacería del jabali de Calydon, acompañó á los Argonautas, y de él, segun la mítica histórica de los Griegos, data y deriva la civilizacion de la isla de Cerdeña, á la que Iolaos, por órden de su tio, llevó una colonia de Helenos.

«El príncipe tebano, dice Diodoro, despues de atender á todo lo necesario al gobierno de la naciente república, regresó á Grecia.» Pausanías, empero, cree que el sobrino de Hércules murió en Cerdeña y que allí fué sepultado.

Las tradiciones de que el primero sería eco, suponen que acaecida la muerte de Heracles, Iolaos dióse á buscar con afan sus huesos, y no pudiendo hallarlos y deduciendo de esto que el héroe había ascendido al Olimpo, ofrecióle sacrificios, elevó un túmulo de tierra en honor suyo y predicó su culto á los pueblos inmediatos.

De él decíase que había tomado por mujer á Megara por habérsela cedido Heracles despues de la matanza de sus hijos. Otras tradiciones incluían, conforme queda dicho, á la misma Megara en el número de las víctimas causadas por el furor del héroe.

Iolaos se presentó en los juegos olímpicos con los caballos que le diera Heracles, y alcanzó con ellos el premio.

Acaecida la muerte de Heracles, preséntanlo varios autores como tutor de sus hijos y jefe, en cierta manera, de los Heráclides; vengador de sus agravios, él fué, para algunos, el matador de Euristeo; para otros se limitó á hacerle prisionero.

Y sin embargo, cuando empezó la lucha entre los Heráclides y los Argivos, habían llegado ya para Iolaos los años de la vejez; pero ¡oh prodigio! de pronto dos luceros descienden hasta su carro, detiénense sobre su cabeza, la cual envuelve densa nube; y al desvanecerse ésta y al desaparecer los astros, transcurridos pocos instantes, en vez del anciano vieron los atónitos Heráclides á un mozo en la primavera de la vida. Los dos astros eran Heracles y Hebe, que quisieron premiar así la fidelidad y el esfuerzo nunca desmentido de Iolaos. «De pronto, miéntras platicaban acerca de sus infortunios Alcmena y la princesa Iole, esposa ya de Hylos, preséntase en el umbral Iolaos tal como fué en su florida adolescencia: apénas ligero bozo sombrea su labio superior. La hija de Juno, Hebe, cediendo á los ruegos de su esposo, habíale otorgado semejante beneficio.» (OVIDIO).

En varias comarcas de Grecia consagrábase á Iolaos religioso culto. En Agyra se celebraba en honra suya una fiesta anual en la que los esclavos eran admitidos á las mismas danzas, á las mismas mesas y á los mismos sacrificios que sus dueños. Aquellos que se mostraban frios é indiferentes por el culto de Iolaos perdían la voz, y no la recobraban hasta que la piedad sucedía en ellos á la indiferencia. En Tébas conmemorábase en las fiestas llamadas Ioleas, el recuerdo de Iolaos y Heracles; duraban aquellas tres dias, y consistían en sacrificios, carreras de caballos y otros ejercicios gímnicos. El estadio decorábase con el cenotafio de Iolaos, cubierto de coronas de flores. En Sicilia estábale consagrada una selva, y era tradicion que lo había sido por el mismo Heracles.

El juramento por Iolaos era muy respetado y temido; segun Plutarco los amantes se juraban fidelidad en el cenotafio del auriga helénico, y su nombre fué invocado en el tratado que medió entre el Cartagines Aníbal y Filipo, rey de Macedonia.

El mitógrafo Apolodoro nos ha conservado la lista de los hijos de Heracles, posteridad numerosa cuya existencia corresponde á la pretension que abrigaban todas las tribus y todas las familias dóricas de tener su orígen en el héroe nacional, objeto de generalizado culto. Entre esos descendientes distinguíanse de un modo especial aquellos que fueron actores de un famoso acaecimiento al que los antiguos, y á su ejemplo algunos autores modernos, han querida atribuir un fundamento histórico: aludimos á la *conquista del Peloponeso por los Heráclides*, suceso cuyo relato, áun admitiendo en él una parte de realidad, ha de encerrar sin duda alguna numerosos elementos legendarios.

Con el nombre de HERÁCLIDES se llamaron cuantos héroes y príncipes fueron por Heracles engendrados; pero aplicóse ese nombre de un modo más especial á los descendientes del héroe por medio de Hylos, nacido de su union con Dejanira.

Muerto Heracles sus hijos, perseguidos por Euristeo, hubieron de salir de Micenas, y capitaneados por Hylos, buscaron seguridad en la corte de Ceix, rey de

Trachinia; pero como este monarca no contaba con fuerzas suficientes para ampararlos contra el tirano, vióse á los descendientes del héroe andar errantes por las comarcas de la Grecia septentrional, implorando de los príncipes y de las ciudades un asilo que todos les negaban, hasta que por fin lo hallaron y con él proteccion decidida en la generosa Atenas, donde reinaba Demofonte, hijo de Teseo. Por aquel entónces Euristeo había entrado en son de guerra por tierras del Ática, y empeñada á causa de este hecho sangrienta batalla, á lo que asegura Píndaro, en los alrededores de Tébas, el rey invasor cayó á los golpes de Hylos, dicen unos, y otros de Iolaos, el sobrino y fiel compañero de Heracles. La muerte de Euristeo abrió á los Heráclides las puertas del Peloponeso, y en efecto, con facilidad lo conquistaron y en él se establecieron.

Sucedió, empero, que transcurrido un año horrible peste hizo en la península gran estrago, y consultado que fué el oráculo de Delfos, atribuyó el azote al prematuro regreso de los hijos del héroe. Los Heráclides hubieron, pues, de tomar otra vez el camino del destierro, y se retiraron al Ática, ó segun otra tradicion, á la corte de Egimio, rey de los Dorios, con cuyo auxilio intentaron, aunque sin resultado, penetrar de nuevo en la tierra que constituía su paterna herencia. Los mitógrafos cuentan hasta cinco expediciones sucesivas de los Heráclides al Peloponeso, y sólo la última había de ir seguida de felice suceso.

Fué ésta capitaneada por Temenos, Cresfonte y Aristodemo, biznietos de Hylos, hijos de Aristómaco, aliados con Pámfilos y Dymas, hijos de Egimio. La íntima union de los Dorios con la memoria de Heracles tenía su legendario orígen en esa primitiva alianza, y con ella igualmente se explica la division de la raza dórica en tres tribus: los Hyleos, ó descendientes de Hylos, los Pamfilios y los Dymanes. Esta vez no siguieron los invasores la via de tierra, sino que saliendo de Naupactis, en la costa de Etolia, atravesaron el angosto brazo de mar que forma la entrada del golfo de Corinto. Antes de su embarque presentóse á su campamento un profeta Acarnaniense, por nombre Karnos, é inspirado por Apolo, hízoles varias predicciones; pero como se le considerase de acuerdo con la hueste del Peloponeso, un Heráclide le dió muerte. En castigo del asesinato de su profeta, destruyó Apolo la armada aliada y envió á su campamento el hambre; el oráculo de Delfos, consultado en el riguroso trance, dispuso la institucion de un sacrificio expiatorio por la sangre injustamente vertida, y aconsejó á los Heráclides tomar por guia en la expedicion á un hombre «con tres ojos.» Encuéntran los Heráclides á ese hombre en los alrededores de Naupactis en el Etolio Oxylos, el cual había perdido un ojo, pero andaba montado á caballo, de modo que el animal y el ginete poseían los tres ojos exigidos. Los aliados, reparadas las naves, desembarcaron en la costa de Acaya, y se adelantarnn al encuentro del hijo de Orestes, por nombre Tisamenos, que reinaba entónces en el Peloponeso. Empeñado el combate, fué el último vencido y muerto.

Dueños de la península Dorios y Heráclides repartieron entre sí el territorio: Oxylos recibió la Élida en recompensa de sus servicios, y la suerte atribuyó Argos á Temenos, Esparta á los hijos de Aristodemo, muerto durante la campaña, y á Cresfonte la comarca de Messenia. El historiador Tucídides dice haber ocurrido la definitiva victoria de los Heráclides ochenta años despues de la guerra de Troya, y por lo mismo 1104 ántes de la era cristiana. La primera rama perdió el trono en la persona de Meltas; á ella pertenecía Carano, fundador del reino de Macedonia; la segunda se dividió desde el orígen en Euristénides y Próclides, y la tercera se extinguió, segun el propio historiador, á mediados del siglo VIII ántes de Jesucristo.

Otra familia de Heráclides se apoderó del trono de Corinto, y cuando la abolicion de la monarquía continuó, con el nombre de Bácchides, ocupando los primeros puestos del Estado.

Finalmente, una tercera familia de Heráclides, hijos de Heracles y Onfalia, reinó en Lidia durante veintidos generaciones. Candaulio fué su vástago postrero.

La explicada leyenda, fuese cual fuere su orígen, quizas se inventó como título y justificacion mítica de los establecimientos dóricos en el Peloponeso, cuando á él emigró aquel pueblo desde el norte de Grecia, en épocas que es imposible precisar. Al erigirse en soberanos de Argos, de Esparta y de Messenia los Heráclides no hacían más, á tenor de la tradicion, que entrar en posesion de la herencia de su padre; pero habiendo tenido á los Dorios por auxiliares tambien á éstos tocaba de derecho una parte de la conquista, mucho más cuando despues mezclaron su sangre con los Heráclides. De esta manera quedaba legitimada la soberanía que ejercían en gran parte del Peloponeso, así como explicado el orígen de algunas instituciones dóricas, como la division de su pueblo en tres tribus, repetimos, y la fiesta de Karneia, que se celebraba en Esparta.

Así, pues, del transcrito relato puede decirse pertenecer á la historia la conquista ú ocupacion del Peloponeso por los Dorios; en cuanto á la conquista de los Heráclides, confundida con aquella por la tradicion, ha de colocarse en la oscura region de la leyenda: considerar aquel suceso como un hecho positivo, asentir á los pormenores con que tradicionales relaciones lo han embellecido, tanto sería como tener por datos históricos las noticias de la toma de Ocalia ó de la destruccion de Troya por Heracles.

Los autores modernos, por el contrario, fieles á su sistema, suponen que varias de las maravillosas circunstancias de que se compone la vida del héroe, se reprodujeron en la suerte de sus hijos, perseguidos como él y como él triunfantes, despues de dilatados y penosos

esfuerzos. «La historia de las Heráclides puede interpretarse en el mismo natural sentido que la historia de su padre, y en este caso concíbese muy fácilmente cómo la fantasía creadora de la fábula pudo representar la proximidad de la noche bajo la forma de una expulsion de los hijos del héroe solar, cómo la reaparicion de la luz se confundió en el mitológico lenguaje con su restauracion triunfante. Y por reproducirse y repetirse alternativamente esos fenómenos, ideáronse las tentativas, sin cesar renovadas, de los hijos de Hércules, la prolongada série de sus reveses y de sus victorias.» (M. Cox).

Alcmena sobrevivió á su hijo, y cuéntase de ella que estando en Atenas con los Heráclides, tuvo el bárbaro placer de tener en sus manos la cabeza de Euristeo, el tirano de su hijo, y sacarle los ojos con su rueca. De la madre de Heracles no se sabe luégo otra cosa sino, á creer una tradicion muy difundida, que tuvo á Radamanto por segundo esposo.

Decía la tradicion helénica que acaecida la muerte de Heracles, Filoctetes depositó sus cenizas en un sepulcro y le erigió un altar, en el cual le ofreció numerosos sacrificios. Los Tebanos en seguida, y poco despues los pueblos todos de Grecia, levantaron templos al nuevo dios, y celebraron en su honor fiestas que llegaron á hacerse muy famosas. Eran las principales:

Las llamadas *Antimashias*, en la isla de Cos, en el mismo lugar donde arrojados Heracles y sus compañeros á la costa por la tempestad, pelearon con los naturales que trataban de impedir su desembarque. Era tradicion local de la isla que el héroe, para librarse de sus enemigos, hubo de escapar disfrazado de mujer, y en memoria de este lance era el sacrificio ofrecido por un sacerdote con vestidos femeniles.

Las *Ergastias* se verificaban en Esparta como recuerdo de los trabajos de Hércules.

Las *Heracleas* eran fiestas que se le dedicaban en Atenas, Sicione y Linde (isla de Rodas), é igual nombre llevaban las suntuosas que le eran consagradas en el monte Œta.

De las *Ioleas* acabamos de decir algunas palabras.

Las *Onomatas* fueron establecidas en Sicione por Festo, hijo de Heracles, con objeto de honrar á su padre, no ya como héroe, sino como á dios.

El Melkarth de Tiro, rey de la ciudad (Melek-Kartha), ó rey fuerte (Melek-Arta), asimilado y confundido con el Heracles Tebano ya al comienzo de la época histórica, era adorado, bajo una forma muy parecida á la que en Grecia se usaba, en Gades, en Malta, en Cartago, en todas las islas y costas adonde llevaron los Fenicios sus naves y mercaderes. Cada año, miéntras subsistió la gran ciudad de Tiro, no dejaban las colonias de enviar á la metrópoli una embajada con ricas ofrendas, llegada que era la fiesta de la Hoguera ó del *Autocaismo*, que allí se celebraba. Consistía su principal episodio en poner fuego á inmensa pira, para que de entre las llamas saliese volando un águila que desaparecía á poco de la vista de todos. Víctimas humanas, prisioneros ó extranjeros, regaban con su sangre en ocasiones solemnes la leña de la hoguera.

El templo que á este dios elevó la rica y floreciente colonia fenicia de Gades gozó de extraordinaria fama en los tiempos antiguos por su grandiosidad y opulencia; los autores romanos, refiriéndose á la época de la conquista, lo ensalzan y ponderan como una maravilla. Tambien esta colonia ibérica enviaba á Tiro su anual embajada con motivo de la fiesta del dios, y contábase que una de ellas había traido de la gran metrópoli, que acababa de ser tomada por Alejandro Magno, el busto del héroe macedonio, que fué colocado entre las dos renombradas columnas de aquel templo, cubiertas de inscripciones fenicias. Aquel busto tuvo el raro privilegio de hacer derramar lágrimas á César.

El Heracles griego gozó desde antiquísimo tiempo del derecho de ciudadanía en Italia, modificándose su nombre por la pronunciacion osca en Herecles ó Hereclus, y por la latina y romana en Hercoles ó Hércules, miéntras que los Etruscos le llamaron Hercle. Los Fenicios habían introducido su culto en Sicilia, pero es de suponer que los Etruscos, pues se envanecían de descender de los Heráclides y por lo mismo consideraban á Hércules como un héroe nacional, habrían tomado aquellos mitos directamente del Ásia Menor. Las colonias griegas de la Italia meridional, Tarento, y en especial Cumas, habían de ejercer indudablemente gran influencia en la transformacion que, como verémos, experimentaron las fábulas primitivas para llegar á ser confundidas con la leyenda helénica.

En el primer lectisternio celebrado cuatrocientos y dos años ántes de nuestra era con motivo de una peste, vióse tambien á Hércules por primera vez en Roma. Al igual de Apolo, invocósele como dios reparador, y es probable que desde Cumas, donde era muy honrado y venerado, hubiese sido llevado á la capital del Lacio. Hay más, dice Preller, todo induce á creer que la forma con que desde muy antiguo se contó en Roma la fábula de Hércules era procedente de Cumas.

Como queda dicho, la leyenda hercúlea en Italia es un episodio de la de Gerion, en la que los elementos griegos se unen y combinan con los que tuvieron orígen en occidente. Á lo que se sabe, un Siciliano por nombre Estesícoro de Himero, coetáneo de Servio Tulio, fué el primero que compuso una Gerionida, y es probable que en su poema narrase algunas tradiciones locales del litoral del mar Tirreno. Años despues, otro Siciliano, llamado Tineo de Tauromenio, que vivió en la época de la guerra de Pirro y viajó por el Lacio, imprimió á la leyenda de Hércules la forma en que la ha presentado Diodoro Siculo. Pero éste, al verificarlo, lo mismo que los autores romanos posteriores, referirían una historia procedente de Cumas, combinando con las tradiciones de